

Escolástica, quizá no fuera tan cercana a todos los espectadores del corral en el siglo XVII.

En el apartado que cierra el volumen, Arellano, usando ilustraciones nuevamente, elabora una investigación, no tan somera como apunta, sobre las referencias al motivo del pájaro que lleva una piedra en el pico, a partir de la referencia en *El médico de su honra*. Estudia las contaminaciones o confusiones entre el ánsar y la grulla, ya que ambas llevan piedras: la primera en el pico, para no hacer ruido; la segunda en la pata, para despertar. En un recorrido “azaroso”, menciona diversos autores que tratan el motivo y las confusiones de sus rasgos. A pesar de haberse indicado que las fuentes de Calderón son Plutarco y Horozco Covarrubias, considera que la referencia pudo haberla recibido del común acervo emblemático del siglo XVII. Arellano resume, en el último párrafo, lo más interesante del texto; ahí afirma que Calderón subvierte el motivo emblemático del ánsar debido a la lección de imprudencia del rey y don Gutierre. Esto manifiesta la atención del dramaturgo a los más mínimos detalles que, sin embargo, como señaló, perdió de vista en *Guárdate del agua mansa*.

El libro cumple con las perspectivas del lector sobre las técnicas y estructuras calderonianas coherentes en diversos ángulos, aunque en algunos puntos parece amplificado. Resulta muy útil para la crítica especializada, pues abre la posibilidad de otras lecturas y, al mismo tiempo, puede ser generador de una anotación más pertinente en futuras ediciones.

YSLA CAMPBELL

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

KARL KOHUT (ed.), *Narración y reflexión. Las crónicas de Indias y la teoría historiográfica*. El Colegio de México-Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt, México, 2007; 268 pp.

Conviene comenzar con la delimitación de un concepto, la *Grosszügigkeit*, porque nuestro término ‘generosidad’ no alcanza a cubrir todo el espectro que la palabra alemana encierra; sobre todo, por la idea de ‘grandeza’ implícita en ese vocablo alemán. Nuestra ‘generositas’ se vincula más con la nobleza y menos con esa cualidad que es un trazo de grandeza humana. Lo señalo porque, al pensar en Karl Kohut, creo que éste es el término adecuado para honrarlo. Kohut se ha caracterizado a lo largo de su vida profesional y docente por proponer temas atractivos en sus cursos, seminarios y encuentros. Desborda esa vocación de enseñanza con su férrea voluntad por no dejar perder los hallazgos del cotidiano quehacer. Sus cursos y encuentros

culminan, así, en excelentes libros. Por otra parte, a esa virtud del profesor emérito de la Universidad Católica de Eichstätt, y encargado de la Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt en El Colegio de México y la Universidad Nacional Autónoma de México, se suma la formación de una importante red de expertos que lo acompaña y se apasiona por los mismos temas que desvelan a Kohut. Por todo esto, y sin pretender competir con la elocuente *laudatio* pronunciada en 2006, en honor de Karl Kohut, por Vittoria Borsò, ahora sólo apunto que a Kohut podemos considerarlo *grosszügig* en gran medida.

Allí están, como prueba fehaciente de esta colaboración intelectual, los libros *Pensamiento europeo y cultura colonial* (1997), coeditado con Sonia V. Rose; *La invención del pasado: la novela histórica en el marco de la posmodernidad* (1997) y la serie *Literatura... hoy* (argentina, 1989, mexicana, 1995; peruana, 1998; venezolana, 1999, etc.), tan útiles para el estudio de los temas de la literatura contemporánea en América Latina. Ahora, como resultado de un seminario ofrecido en el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México en 2005, Kohut reúne los artículos que conforman *Narración y reflexión. Las crónicas de Indias y la teoría historiográfica* (2007).

Tal parece que, a partir de la provocación de un artículo seminal de Walter Mignolo: “El metatexto historiográfico y la historiografía indiana” (1981)¹, se delinea el objeto de estudio emprendido en este libro y se vincula con algunas de las preguntas allí expresadas; ante todo, frente a la necesidad de develar los “presupuestos epistemológicos que, en los siglos XVI y XVII, orientaban la escritura de los textos que describían y narraban la naturaleza de las Indias, las culturas precolombinas y la conquista hispánica” (*ibid.*, p. 359). Asimismo, sirve como inspiración para el proyecto la propuesta de Edmundo O’Gorman en su prólogo a la *Historia* de José Acosta, al sugerir tratar las crónicas como “un todo coherente” y vincular el estudio historiográfico con un acercamiento literario. Destaco este punto porque aquí yace la clave de este libro editado por Karl Kohut.

El amplio y convincente prólogo antecede a los siete artículos que conforman *Narración y reflexión*. El libro se divide en tres partes: se destina la primera a la revisión de la teoría historiográfica; la segunda se adentra en las crónicas y la última sección se dedica al enlace de las crónicas y las utopías.

El interés por abordar el surgimiento y desarrollo de las crónicas de Indias en el siglo XVI se entretiene con la necesidad de plantear algunas de las más acuciantes preguntas en torno a la condición histórica de los textos que despertaron la curiosidad de los lectores de aquella época, y que continúan apasionando a los de hoy.

¹ WALTER D. MIGNOLO, “El metatexto historiográfico y la historiografía indiana”, *MLN*, 96 (1981), 358-402.

Sabemos que la crónica responde a múltiples requerimientos del momento político, económico y social en que se escribe. La urgencia de informar o la necesidad de recompensas hacen surgir un cúmulo de textos que dan forma a “experiencias sin precedente” y, por lo tanto, provocan la duda con respecto a los modelos que subyacen a estos textos o las teorías que dan sustento a la reflexión y la narración sobre los hechos en curso o ya pasados. Para Kohut es de suma importancia contrastar los remanentes de una teoría medieval con los brotes de una teoría historiográfica humanística, como trasfondo de esa escritura de las crónicas. Por ello, en su Introducción revisa los antecedentes teóricos: tanto la propuesta de Juan Luis Vives, como las aportaciones del bachiller Pedro de Rhua, y menciona, también, a Fox Morcillo, Antonio Lull y a Juan Pérez de Castro. Su análisis se centra en la contribución de Vives a la teoría historiográfica, en tanto que comprende la historia como parte de la gramática y, después, en *De arte dicendi*, en el campo de la retórica.

Vives insiste en la exigencia de la verdad como componente fundamental de la historia y considera el entretenimiento y la educación moral como añadidos. Establece también los modelos adecuados para los anales, la forma intermedia (Suetonio o César) y la historia retORIZADA (historia colorata) a Salustio, Tito Livio o Tucídides.

Kohut señala, asimismo, algunos problemas particulares en la propuesta de Vives: el relato de sucesos que acontecen en lugares diferentes, en tanto que se da preferencia a lo temporal, así como la importancia que se otorga a la propiedad del lenguaje, sin convertirlo en el centro de atención.

Las enseñanzas de Vives tienen continuación en las cartas que el bachiller Pedro de Rhua dirige a Antonio de Guevara, en contra del escepticismo de éste. Defiende Rhua el compromiso con la verdad en la escritura de las crónicas y esboza una notable definición del historiador: “ha de ser huésped sin patria / sin rey / sin ley ninguna: diligente en saber examinar la verdad...” (p. 23).

En la segunda parte de la Introducción, Kohut se preocupa por establecer la conciencia teórica de los cronistas y, para lograr ese fin, conforma una galería de crónicas y cronistas “fundacionales”: Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo, Bartolomé de las Casas, Francisco López de Gómara, Pedro de Cieza de León y Bernal Díaz del Castillo. Se detiene en cada uno de estos cronistas y estudia su producción cronística, sus modelos y fuentes, las condiciones de generación de los textos, el influjo que produjeron en los lectores, los obstáculos que los autores tuvieron que superar y, primordialmente, se adentra en el posicionamiento ideológico de estos autores y en sus reflexiones teóricas explícitas en prólogos o aquellas con carácter metarreflexivo en las crónicas mismas. En relación con Pedro Mártir de Anglería recuerda que “el motivo central de su obra es la

novedad, y sólo en este sentido es justificado el caracterizarle como periodista *avant la lettre*” (p. 33); de Fernández de Oviedo menciona que “es el primer cronista en enfrentarse a su tarea de modo sistemático” (p. 35); y de Bartolomé de las Casas señala que “no escribe para pregonar la gloria de España sino, al contrario, para revelar los crímenes perpetrados durante la conquista aunque, paradójicamente, lo hace para reivindicar la grandeza de su país...” (p. 42); en cuanto a López de Gómara, concede que se encuentra entre dos modos de historiar: “aquel cuya materia son los eventos contemporáneos y aquel que se ocupa de los eventos pasados” (p. 47); es decir, opone el testigo de vista a los testimonios escritos y, por último, considera a Pedro de Cieza de León y a Bernal Díaz del Castillo como los soldados que escribieron para la memoria y defendieron un estilo llano, a partir del tópico de la modestia, lejos de una complicada retórica.

En la primera sección del libro, se ofrecen dos artículos que se contraponen, uno dedicado al estudioso Juan Luis Vives y otro, al defensor de los indígenas, Bartolomé de las Casas. Reformador de la educación el primero y viajero al Nuevo Mundo, el segundo. Un pensador teórico frente a un polemista destacado.

Pablo Sol Mora, en “El pensamiento historiográfico de Juan Luis Vives”, lleva a cabo una revisión de los textos en que el humanista desarrolla sus ideas sobre la historia. Tanto *De disciplinis* (1531) como el manual *De ratione dicendi* (1531) son objeto de un minucioso examen para descubrir las fuentes y los modelos en los que el autor se apoya. Destaca la definición de Vives de la historia, apegada a la propuesta ciceroniana, como *magistra vitae* y como “imagen de la verdad”. Además, se retoma la discusión en torno a la historiografía como poseedora de “un valor ejemplar y ser fuente de prudencia” (p. 69). Y frente a esos valores morales, señala que la historiografía para Vives “forma parte de la retórica en tanto es uno de los modos de la *narratio*” (p. 75) y, por lo tanto, debe comprenderse en el contexto de la reforma del saber y la enseñanza.

A su vez, Hugo Hernán Ramírez Sierra estudia, en “Contexto y estructura del «Prólogo» a la *Historia de las Indias* de Bartolomé de las Casas”, la función que cumple este texto en relación con la reflexión historiográfica. A la *captatio benevolentiae* se suman los modelos y las motivaciones de producción de la escritura, de manera que el “Prólogo” nos transmite la concepción que el autor tiene de la historia. Las Casas se había valido, en sus anteriores obras, de la denuncia y había ganado así fama de polemista agudo. En su comprensión de la historia se devela “la imagen del libro de historia como *speculum principis*, la concepción providencialista de la historia y la oralidad como recursos de la construcción del discurso escrito” (p. 85), lo que da muestras de una concepción “antigua y medieval”. La exposición sobre las causas y motivos que condujeron a Las Casas, tras la polémica de Valladolid

en contra de Ginés de Sepúlveda, a redactar el “Prólogo” con fundamento en las concepciones aristotélicas que afianzan esa interpretación. Así, Las Casas escribe no sólo para enseñar o implantar justicia sino también para apoyar el plan salvífico de Dios, y, además, “porque es cristiano, es viejo y es obispo” (p. 98).

En la segunda sección, consagrada al examen de las crónicas, podemos destacar también dos artículos entre los que se pueden establecer oposiciones. Un aventurero intrépido y fracasado se estudia frente a un clérigo soriano que nunca viajó hacia América, y así se lo reprocharon los cronistas que vivieron el descubrimiento y la conquista. Por otra parte, un soldado viejo cuenta sus experiencias y se opone a un fraile con una profunda vocación de historiador. Son destinos disímiles que encierran formaciones dispares. Vidas que se experimentan en la aventura o la clausura. En fin, miradas historiográficas que plantean múltiples problemas.

Jorge Zepeda se interna con Álvar Núñez en los pantanos y lo acompaña en sus descabros. En “La metarreflexión en los *Naufra-gios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca”, pone de relieve el pensamiento de este hombre de acción que encontró una fórmula singular, esto es, “conocimiento en compensación de fracaso” (p. 128). En un diálogo con el crítico Enrique Pupo-Walker, Zepeda revaloriza el carácter autobiográfico del texto de Cabeza de Vaca y señala sus rasgos testimoniales y antropológicos. Finalmente, la escritura es el mejor tesoro ofrecido a la Corona y la nueva perspectiva sobre la objetividad en un texto histórico representa la mejor contribución de Álvar Núñez.

En “La metarreflexión histórica en la obra de López de Gómara: la historia como biografía”, Dann Cazés nos introduce en el problema de la escritura de las vidas como un camino para descubrir las reflexiones sobre la historia que realiza el autor de la *Historia general de las Indias* (1552) y la *Historia de la conquista de México* (1553). Cazés decide contraponer la *Crónica de los Barbarroja* al relato sobre la vida de Hernán Cortés, en su *Historia de la conquista de México*, sobre todo. Señala que si bien son personalidades tan diferentes, López de Gómara los presenta con la convicción de que la historia como biografía no es sólo un concepto teórico sino un precepto (p. 142). A la descripción de la naturaleza y los habitantes de los territorios, López de Gómara añade la descripción moral de los personajes. En esta tarea advierte Cazés la mayor coincidencia entre ambas figuras, ya que son astutos, valientes y hábiles. La historia en esta reflexión de Gómara “sería la biografía de un hombre eminente, en la que se narren sólo hechos verdaderos de manera breve y sumaria” (p. 150). Los Barbarroja y Cortés se presentan como centro de los hechos.

El reiterado encanto que ejerce Bernal Díaz en sus lectores es objeto de “Reflexión historiográfica en la *Historia verdadera*: aventuras y desventuras de un narrador privilegiado”, de Jimena Nélica

Rodríguez. Ningún otro cronista insiste tanto en la verdad de su relato y en haber visto y vivido lo que escribió como Bernal Díaz. Por ello, la construcción de un narrador y un testigo privilegiados forman el núcleo de la reflexión de esta estudiosa. No sólo se interesa en los hechos narrados, sino en la posición y voz que adopta el cronista-narrador. Además, incursiona en las estrategias que Bernal adopta para “hacer creíble lo que se narra” en tanto explora la dimensión del viaje, la legitimación de los testigos y, en particular, los desmentidos a la crónica de López de Gómara.

Manuel Pérez escribe “La reflexión histórica de fray Agustín de la Madre de Dios: notas para la historia religiosa en una obra novohispana del siglo XVII”, con el objeto de dar a conocer el sustrato historiográfico en las páginas del *Tesoro escondido en el Monte Carmelo Mexicano* de este historiador carmelita, libro autorizado en 1646. Por su insubordinación y defensa de los criollos, el fraile fue condenado al confinamiento. Sin embargo, con su escritura nos legó la historia del Carmelo Mexicano y también sus reflexiones sobre el quehacer del historiador, que no sólo relata con un concepto de veracidad fundado en las “leyes del mundo natural sino en una correspondencia con las leyes de un estado de cosas superior, trascendente a la historia humana” (p. 193). Así, lo maravilloso y sobrenatural se justifica en este pensamiento religioso.

En el último artículo de la tercera sección, “Utopía, crónicas de Indias: una construcción recíproca”, Adriana Rodríguez Torres nos invita a un valioso recorrido por los territorios de las crónicas de Indias en oposición y vinculación con las obras de ficción filosófica “centradas en la existencia de ciudades idílicas o utopías” (p. 219).

Colón, Pedro Mártir de Anglería o Bartolomé de las Casas, entre otros cronistas, ofrecen informaciones a Tomás Moro y otros escritores en la formulación de sus utopías, sobre todo, se destaca la contraparte, es decir, la influencia de Moro o Campanella en los proyectos utópicos en América, como en el caso de Vasco de Quiroga y los “pueblos-hospitales”. En suma, *Narración y reflexión* ofrece múltiples vertientes para pensar y repensar la historia, la historiografía, y así volver a las crónicas con una mirada renovada.

LUZELENA GUTIÉRREZ DE VELASCO
El Colegio de México